

MAURICE BLANCHOT Y LA ESCRITURA FRAGMENTARIA:
 “EL TIEMPO DE LA AUSENCIA DE TIEMPO”*

Eric HOPPENOT
Universidad París V.

In memoriam
Emmanuel Lévinas y Louis-René des Forêts.

Ya en *Las Confesiones*, San Agustín articulaba la cuestión que el tiempo plantea para el lenguaje: “¿Qué es, pues, el tiempo? ¿Quién podría explicarlo fácil y brevemente? ¿Quién podría comprenderlo con el pensamiento, para expresar con palabras la idea que se tiene sobre él? Y sin embargo, al hablar ¿nombramos algo que sea más familiar y conocido que el tiempo? [...] ¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé.” (Libro XI, cap. 14). En el corazón de nuestra existencia, al comienzo de toda experiencia, el tiempo se manifiesta y se esconde ante nosotros como algo que acontece en nosotros, fuera de nosotros, y que escapa al decir.

En *L'espace littéraire*, escribía Blanchot: “Escribir es entregarse a la fascinación de la ausencia de tiempo.” Si, por una parte, los relatos —en particular *Au moment voulu*, *Le Dernier homme* y *L'Attente l'oubli-* revolucionan nuestra percepción de la temporalidad narrativa y vuelven a poner en cuestión el principio mismo de todo acontecimiento, por otro lado la escritura fragmentaria piensa, pero también pone en escena, esta experiencia del Tiempo como “ausencia de tiempo”. Esta “ausencia de tiempo” no está reservada exclusivamente a la escritura de ficción: en efecto, las obras fragmentarias de Blanchot nos llevan a pensar el Tiempo de otro modo, y así trastorman nuestra relación con el mundo.

Mi lectura será esencialmente diacrónica. Se trata de ver de qué manera se forja en Blanchot la necesidad de recurrir a la escritura fragmentaria para, seguidamente, analizar las diferentes modalidades temporales que en ella se expresan.

En el origen de la escritura fragmentaria está el movimiento de la Historia que toma cuerpo en cuatro acontecimientos sucesivos.

En 1958 Blanchot¹ está en París después de una larga estancia en Èze (Côte d'Azur), y traba amistad con Dionys Mascolo, Robert Antelme, Louis-René des Forêts y Marguerite Duras. Francia está en plena guerra de Argelia. El 13 de mayo, el golpe de los generales de Argelia fracasa y De Gaulle vuelve al poder: “llevado esta vez, según dice Blanchot, no por la Resistencia sino por los mercenarios.”² Se podría observar que

* Este texto es una versión ligeramente retocada de una conferencia pronunciada en el Seminario del GRES (Groupe de Recherche sur les Écritures Subversives, que dirige Ricard Ripoll Villanueva), en Barcelona en junio de 2001. El tema del coloquio era “La escritura fragmentaria”. Una primera versión francesa de este texto ha sido publicada en “Les Cahiers Universitaires de Pau” (junio 2002), en un número que recoge el conjunto de las comunicaciones pronunciadas a propósito de este Seminario. Agradecemos al director de “Les Cahiers Universitaires de Pau” su autorización para la publicación de esta traducción española, que ha estado a cargo de Juan Gregorio Avilés, del Consejo de Redacción de *Espinosa*.

¹ Para todos los aspectos biográficos se leerá con aprovechamiento el libro de Christophe Bident, *Maurice Blanchot, partenaire invisible*, Champ Vallon 1998.

² Nota del artículo “Le Refus”, publicado en la revista *Le 14 juillet*, vuelto a publicar —esta vez en libro— en *L'Amitié*, Gallimard 1971, pp. 130-131.

las palabras y el tono empleados por Blanchot son casi los mismos que los que había utilizado para atacar a Blum antes de la guerra; el tiempo político, como el tiempo literario, es un eterno retorno.

El mismo año, publica una docena de artículos la mayor parte de los cuales será recogida en *L'Amitié* y en *L'entretien infini*. Entre estas publicaciones ninguna evoca la escritura fragmentaria, ni siquiera el artículo sobre Nietzsche “Nietzsche aujourd’hui”. Sin embargo la escritura fragmentaria ya está a la obra, todavía no como palabra crítica pero sí como escritura de ficción. En efecto, en 1958 Blanchot publica pasajes bastante extensos³ de lo que cuatro años más tarde llegará a ser *L'Attente l'oubli*, donde el asíndeton del título anuncia ya la fragmentación o, en todo caso, la división, incluso la interrupción. Así pues, a primera vista la escritura fragmentaria puesta en escena por Blanchot para lo que será su último gran texto narrativo –si exceptuamos *L'instant de ma mort*– no tiene una resonancia directa, visible, sobre su escritura crítica (sea ésta literaria o política). Habrá que esperar *Le Pas au-delà* para que las dos modalidades de escritura se entrecrucen.

La decisión de aplicarse a la escritura fragmentaria va pareja con una inquietud que es la de reanudar, en el decenio 58-68, una “actividad” política y mundana que había abandonado después de la guerra. No es el compromiso como tal lo que conduce a Blanchot hacia lo fragmentario, sino el modo de expresión de este compromiso; por una parte la escritura colectiva de lo que se llamará el “Manifiesto de los 121”, y por otra la escritura de una revista que había de seguir al Manifiesto. Esta llamada a la insumisión, reivindicada, asumida hasta la inculpación de sus signatarios, provoca un inmenso revuelo intelectual. Sartre había dicho a Blanchot que el compromiso del “Manifiesto de los 121” no tendría sentido si no iba seguido por una revista que se hiciera eco del nuevo clima intelectual. Para Blanchot significa que ahora es preciso escribir de otro modo; ha habido una quiebra, una interrupción de la Historia que implica un cambio radical del modo de expresión del intelectual, y esa subversión debe encarnarse en una escritura colectiva. Blanchot defiende así su punto de vista: “En un tal momento extremo del tiempo, pensar en hacer una nueva revista, sólo más interesante o mejor que las otras, parecería irrisorio. Es preciso, por tanto, que tal proyecto sea concentrado sin cesar sobre su gravedad propia que es *intentar responder a ese enigma grave que representa el paso de un tiempo a otro.*”⁴ (p. 180, Subraya E.H.). Si Sartre proponía repensar *Les Temps Modernes* y Nadeau modificar *Les Lettres Nouvelles*, ninguna de estas dos ideas lograron satisfacer a Blanchot que llama a la creación de una nueva revista, y lo que es más, internacional. Este proyecto lo ocupará durante unos cuatro años (1961-1964) y se dedicará a él contando con la ayuda de Dionys Mascolo. Ambos serán apoyados por Des Forêts y Barthes, sin embargo Sartre no se adherirá al proyecto, lo que constituye una de las razones del fracaso de la revista.

Este proyecto de la *Revue Internationale* merece que le dediquemos alguna atención. En efecto, Blanchot expresa en él, por vez primera y última, la necesidad ideológica de recurrir a la escritura fragmentaria:

“Simplificando, se puede decir que hay cuatro tipos de fragmento: 1) El fragmento que no es sino un momento dialéctico de un conjunto más vasto. —2) La

³ Respecto a *L'Attente l'oubli*, extensos pasajes pertenecientes a distintas secciones de la obra serán publicados en *Botteghe oscure* (revista trilingüe inglés-francés-italiano, en la que participaron destacadamente Blanchot, Char, Des Forêts) bajo el título: “L’attente”, n. 22, agosto 1958. En esta revista Blanchot había publicado ya algunos pasajes de *Le Dernier homme*: “Le calme”, n. 16, septiembre 1956, y “Comme un jour de neige”, septiembre 1957.

⁴ El dossier de la *Revue Internationale* (textos preparatorios, correspondencia) puede ser consultado en la revista *Lignes*, n. 11, consagrado a Maurice Blanchot, Librairie Séguier, septiembre 1990.

forma aforística, concentrada, oscuramente violenta que, en calidad de fragmento, ya es completa. El aforismo es etimológicamente el horizonte, un horizonte que circunscribe y que no abre. —3) El fragmento ligado a la movilidad de la búsqueda, al pensamiento viajero que se realiza mediante afirmaciones separadas y que exigen la separación (Nietzsche). —4) Por último, una literatura de fragmento que se sitúa fuera del todo, sea porque el todo ya está realizado (toda literatura es una literatura del fin de los tiempos), sea porque junto a las formas de lenguaje donde el todo se construye y se habla, palabra del saber, del trabajo y de la salvación, es el presentimiento de una palabra totalmente otra: una palabra que libera al pensamiento de ser sólo pensamiento con vistas a la unidad o, dicho de otro modo, que exige una discontinuidad esencial. En este sentido, toda literatura, sea breve o infinita, es el fragmento con tal de que libere un espacio de lenguaje en el que cada momento tendría por sentido y por función hacer indeterminados todos los otros, o bien (es la otra cara) donde está en juego alguna afirmación irreductible a todo proceso unificador.” Y añade Blanchot entre paréntesis: “(Naturalmente, esta cuestión del ‘fragmento’ puede ser considerada de otro modo, pero creo que, particularmente para este proyecto, es esencial. Es permanentemente la cuestión de la revista como forma, como búsqueda de su propia forma.)” (“Memorandum sur ‘Le cours des choses’”, *Lignes*, n. 11, pp. 187-188).

Es esta cuarta definición la que importa para Blanchot, la que debe ser, según él, la regla de escritura de la futura revista. Más allá de la invención de una nueva forma hasta entonces colectivamente inédita, Blanchot busca en el fragmento una escritura que cuestiona el mundo y la escritura misma, una escritura que suspende su propio gesto, abriéndose así al diálogo, a la palabra plural, una escritura en la que “todo es posible”.

Sabemos que esta revista no llegará a realizarse, no sólo porque algunos miembros del grupo rehusaban la forma fragmentaria, sino porque esa fragmentación, para los escritores alemanes que debían participar en la *Revue Internationale*, se iba a encarnar trágicamente en el muro de Berlín, haciendo de Alemania el signo mismo de un mundo, de un espacio político que iba a vivir un desgarramiento durante casi cincuenta años. Nunca la escritura fragmentaria estuvo de actualidad tan trágicamente. En un artículo publicado bajo el título “Le Mur de Berlin”, el paralelismo entre la escritura fragmentaria y la división alemana es destacado por Blanchot en estos términos: “[...] la elección deliberada del fragmento no es una suspensión escéptica, la renuncia fatigada a una captación completa (podría serlo), sino un método paciente-impaciente, móvil-inmóvil de búsqueda y también la afirmación de que el sentido, la integridad del sentido no sabría estar inmediatamente en nosotros y en lo que escribimos, sino que está por venir y que, cuestionando el sentido, no lo captamos sino como devenir y porvenir de cuestionamiento; esto significa, por último, que es necesario repetirse. *Toda palabra de fragmento y toda reflexión fragmentaria exigen esto: una reiteración y una pluralidad infinitas.*” (*Lignes*, 03, octubre 200, p 132. Subraya E.H.). La escritura fragmentaria es pues, para Blanchot, la era de la sospecha. Después de la guerra y del descubrimiento de la Shoah, el mundo no cesa de vacilar; el tiempo de las afirmaciones, de las certezas, está acabado.

Pero a esta escritura colectiva intentada a principios de los años sesenta se añade, como su movimiento contrario, la escritura sin firma. Esta escritura anónima se dará a conocer de manera decisiva en Mayo del 68 y, señaladamente, en la revista *Comité* (octubre 1968), “Bulletin publié par le Comité d’étudiants-écrivains au service du Mouvement”: todos estos textos y eslóganes son publicados anónimamente, ni siquiera aparece un pseudónimo; tan sólo las citas son reseñadas explícitamente. Encontramos aquí textos en su mayor parte redactados ya sea por Dionys Mascolo, ya sea por Maurice Blanchot. A este respecto, sorprende comprobar cuántos de los

numerosos textos anónimos de la revista *Comité* atribuibles a Blanchot son textos fragmentarios. Se puede encontrar restos de estos textos en *L'Amitié*, señaladamente “Lire Marx”, recogido bajo el título “Les trois paroles de Marx”. Pero también, y más significativos, los fragmentos titulados “Tracts Affiches Bulletin” anuncian lo que, en *L'entretien infini* Blanchot designará bajo la expresión “L'absence de livre”: todo concurre, escribe, a “la ausencia de libro”. Los acontecimientos de Mayo se prestaban, evidentemente, a la palabra fragmentaria: brevedad, condensación de los mensajes, sentido de la fórmula, libertad discursiva, invención.

El tiempo de la escritura fragmentaria es pues, en primer lugar, el de la palabra anónima, del rumor y del murmullo, palabra de todos, para todos, unidos en lo que Blanchot llamará más tarde “La comunidad inconfesable”, o de otro modo, la comunidad de quienes no comparten nada salvo la proximidad del próximo muriente.

Este recorrido político que acabo de esbozar brevemente en algunas fechas (1958, 1961-64 y 1968) nos ha conducido hasta el origen de la escritura fragmentaria de Blanchot. No olvido –lo he dicho más arriba– que en la misma época publicó también relatos en los que la escritura fragmentaria está omnipresente. Lo que quería como rozar aquí sucintamente es que la escritura fragmentaria en Blanchot, como también me lo parece en Barthes pero con diferencias notorias⁵, es el resultado de una opción ideológica. La escritura fragmentaria se impone, es una necesidad, y como tal inscribe una ruptura que no es sólo estética sino que corresponde a un Tiempo otro, al que se asociará –junto a los acontecimientos ya evocados– los nombres propios de Lévinas, Derrida, Foucault, Deleuze, Des Forêts, Mascolo, pero también los significantes “judío”, “Shoah”, “comunidad”, “neutro”, “desastre”. Poética de lo fragmentario, como vamos a ver, pero también Política de lo fragmentario.

Paralelamente a este nuevo compromiso político, a este nuevo compromiso con el tiempo mundano, Blanchot prosigue la publicación de varios relatos en diferentes revistas, no sólo los referidos a *L'Attente l'oubli* de los que ya he hablado. En los años cincuenta, Blanchot publica diversos fragmentos de tres relatos en la revista *Botteghe obscure: Celui qui ne m'accompagnait pas* (1953), *Le Dernier homme* (1957) y sobre todo una verdadera obra fragmentaria, *L'Attente l'oubli*. Hablo adrede de publicación de fragmentos y no de extractos. Efectivamente, si atendemos al modo de aparición que acompaña *Le Dernier homme*, podemos observar que ha sido publicado bajo la forma de tres textos: “Le calme”⁶ (pp. 106-121 de *Le Dernier homme*), “Comme un jour de neige”⁷ (DH, pp. 125-127, 134-147), “Le dernier homme”⁸ (DH, pp. 1-23) y por fin “L'hiver”⁹ (DH, pp. 26-28, 44-46, 47-56, 58-61).

Hay, pues, una triple razón para hablar de publicación fragmentaria: la primera porque los fragmentos son publicados en tres revistas diferentes, lo que introduce una discontinuidad evidente en la lectura. No se trata de una publicación seguida, “folletinesca”, tanto más –y esta será la segunda razón– cuanto que los fragmentos publicados son interrumpidos en su continuidad y, tercera razón, la publicación no sigue tampoco la cronología del relato: la lectura lineal queda trastornada, interrumpida. El lector, leyendo en veces los fragmentos, no está evidentemente en condiciones de construir –de reconstruir– lo que llegará a ser, varios meses más tarde, un relato: *Le*

⁵ En Barthes se trata más bien de una estrategia de huida, del deseo de no dejarse encerrar en un tipo de discurso, de escapar a una imagen erigida como estatua.

⁶ *Botteghe obscure*, n. 16, septiembre 1955.

⁷ *Botteghe obscure*, n. 18, otoño 1956.

⁸ *Nouvelle Revue Française*, n. 46, octubre 1956.

⁹ *Monde nouveau*, enero 1957.

Dernier homme. No sucede exactamente igual con *L'Attente l'oubli*, muchos de cuyos fragmentos aparecieron en revista, bajo el título “L'attente”¹⁰, pero en una sola entrega.

¿Qué nos dicen estas diferentes formas de publicación respecto de la representación del tiempo en la escritura fragmentaria? Perturbando el curso de las cosas, la continuidad narrativa invita al lector a atisbar el tiempo de lo fragmentario como un tiempo no lineal. Fragmentado, *Le Dernier homme* no es aún un relato; se da a leer como un repertorio de momentos independientes los unos de los otros, tematizados por un título. Se podría observar, a modo de ejemplo, que los fragmentos titulados “Le calme”, publicados en primer lugar, constituyen paradójicamente casi las últimas páginas de *Le Dernier homme*. Lo que los une bajo este título es la reiteración infinita de la palabra “calme”, que aparece casi una treintena de veces en quince páginas. Estas páginas, desgajadas del relato, pueden leerse con independencia del resto, como un largo monólogo introspectivo en el que una voz habla, escucha el Afuera. Este largo pasaje, por lo demás el único de *Le Dernier homme* que constituye un fragmento desgajado en el interior mismo del relato, como si hubiera una *mise en abîme* de la escritura fragmentaria, integra también por primera vez en la escritura narrativa pasajes en itálica, entre los cuales uno retendrá particularmente nuestra atención toda vez que concierne a la concepción del tiempo:

“¿Por qué lo que ha sido dicho, lo eterno, cesaría de ser dicho? —‘*Pero nada ha cambiado. Es sólo que necesitas también conocer la eternidad en el pasado. Debes elevarte lo bastante alto para poder decir: Era eso. Tal es la misión que ahora te está reservada.*’

No creo en esa palabra, pero tampoco tengo el poder de escapar de ella. Es como si debiera escucharla, también en el pasado, y siento que no creerla es caer más rápido que ella por la pendiente que ella misma ya ha excavado.” (DH, p. 118).

El universo de los relatos blanchotianos es un volver a cuestionar radicalmente el tiempo, la temporalidad como “curso de las cosas”. Los acontecimientos son inciertos. ¿Qué es lo que sucede? ¿No sucede? El tiempo de los relatos de Blanchot invita al lector a un tiempo otro, no ya el de la ficción, de los sucesos con los que el personaje se ha encontrado, sino el tiempo de la narración. Como si el personaje principal de sus relatos fuera el tiempo mismo de la escritura, no un tiempo perdido, sino un tiempo que está siendo experimentado. El relato tiene por historia el acto de narrar. El tiempo blanchotiano no se da, se experimenta. Una vez entrado en este mundo inquietante, a veces vertiginoso, el lector —como escribía el narrador en la última de las páginas amputadas del final de *L'Arrêt de mort*— “sería mi presa”, está prendido en un tiempo que deviene un torno. Un torno para los personajes que se encuentran atrapados en la trampa de un tiempo que les escapa; un torno para el lector, completamente desorientado por ese tiempo de “la ausencia de tiempo”. El tiempo blanchotiano es el tiempo de lo inaudito, de lo impensable. Tiempo de lo oscuro que no promete ninguna luz, ninguna revelación, sino que al contrario nos arrastra en una noche cada vez más densa.

El tiempo de los sucesos (por mínimos que sean) que afectan a los personajes en sus actos, es decir, generalmente en sus palabras imposibles —pienso en *L'Attente l'oubli*— es el tiempo de la repetición y, paradójicamente, el tiempo de la diferencia. La repetición es reiteración y por consiguiente Diferencia; no hay Mismo, o no hay más que Mismo. En la duración el Mismo es siempre Otro, es siempre —en el corazón mismo de la repetición— la llegada del desconocido.

¹⁰ *Botteghe oscure*, n. 22, agosto 1958.

El tiempo blanchotiano ¿acaso sería abordable sólo por una retórica próxima a la teología negativa? No es ni asimilable, ni inmovilizado, no puede ser objeto de una descripción, tampoco objeto de una indagación, ni de un presente extático eterno. El tiempo blanchotiano desprecia lo ínfimo; cuando el acontecimiento sobreviene, yo ya no estoy ahí para vivirlo, el presente es –como siempre– ya pasado. La llegada del acontecimiento nos perturba hasta tal punto que modifica el tiempo mismo. Lo que ha llegado, llegará, volverá a llegar irreconocible, como si la repetición misma se escapara.

El tiempo de “la ausencia de tiempo”, el tiempo de la escritura fragmentaria escapa a toda aprehensión; un presente sin presencia, un pasado más presente que el presente mismo, un futuro pero entonces sin porvenir, perteneciendo ya al pasado. Con Blanchot nos aproximamos a esta verdad difícilmente inteligible y conceptualizable: hay más de un tiempo. ¿Qué es lo que se retira en “el tiempo de la ausencia de tiempo”? El presente, “la posibilidad de una presencia”¹¹, escribe en *Le Pas au-delà*. Del presente, nada quedaría salvo el eterno retorno del pasado, un pasado “espantosamente antiguo”, repite en *L'écriture du désastre*, un pasado inmemorial. Como escribía Lévinas: “Las grandes ‘experiencias’ de nuestra vida nunca han sido, hablando con propiedad, vividas.”¹² El tiempo que está a la obra en Blanchot es un tiempo aporético. La radical extrañeza de su ausencia zozobra quizás en la sobreabundancia misma del tiempo; la ausencia de tiempo es, en cierto sentido, la coexistencia inaudita en el mismo instante, del pasado, del presente y del futuro pero entendidos tal y como acabamos de definirlos más arriba. Recordemos, en *L'Attente l'oubli*: “Esa sobreabundancia del tiempo que está en falta, esa falta sobreabundante del tiempo.” (p. 95). Siempre la reiteración de ciertas figuras retóricas, sea –aquí– el quiasmo, o en otros lugares el oxímoron o la paradoja. Todas estas figuras nos conducen hacia otro universo, nos fuerzan a ver lo irrepresentable, nos conducen hacia un tiempo imaginario, un tiempo que no es de este mundo, un tiempo reservado al lugar único de la escritura.

El tiempo de “la ausencia de tiempo”, ¿sería un oxímoron más en la obra de Blanchot, o encierra una verdad escrituraria e incluso ontológica? ¿Cuál es, entonces, este tiempo de la escritura donde el tiempo ya no ha lugar? ¿Hacia qué opacidad de la temporalidad nos conduce este pensamiento?

Si el tiempo se inscribe en la duración, si puede decirse artificialmente en términos de pasado, presente y futuro, y si como afirma el dicho popular “el tiempo pasa”, la escritura sería ese momento, ese acontecimiento en el que el tiempo se interrumpe, interrumpiendo la misma interrupción.

De aquí el privilegio concedido a la escritura fragmentaria: interrupción, quiebra del espacio y, paradójicamente, tiempo de la repetición, de la insistencia, escritura circular, que regresa a su origen como si en cierto modo nada hubiera acontecido salvo las palabras liberadas, anónimas y susurrantes.

La palabra fragmentaria es siempre, de algún modo, la voz del último hombre, palabra escatológica, voz que profetiza en y para “la ausencia de tiempo”.

¿Qué pensar de la diferencia del tiempo, de los tiempos, cuando por ejemplo el autor publica lo que llama el editor “una nueva versión” de *Le Dernier homme* mientras que ni una sola palabra la distingue de la versión precedente; o más bien si una palabra, la sola palabra “Relato”, que figuraba en la cubierta de la primera versión ha sido suprimida para la nueva edición? Sin duda, habría que hacer un análisis muy preciso de la reescritura de los artículos de Blanchot publicados inicialmente en revistas y después en libros; sobre todo con respecto a los títulos, ver de qué modo también aquí el tiempo trabaja sobre la obra desde el interior. Pero este análisis de las variantes, de los cambios

¹¹ *Le Pas au-delà*, p. 27.

¹² E. Lévinas, *En découvrant l'existence avec Husserl et Heidegger*, Vrin 1982.

a veces ínfimos en la repetición de un texto, habría que intentarlo también a propósito de los relatos. Jacques Derrida ya lo ha hecho magistralmente con respecto al título de *La Folie du jour*¹³, igualmente Pierre Madaule¹⁴ respecto a las dos últimas páginas excluidas en la reedición de *L'Arrêt de mort*. Podríamos también preguntarnos acerca de la republicación de *Thomas l'Obscur*, "nouvelle version", como si Blanchot hubiera reescrito Thomas sacando los capítulos, extrayéndolos de la primera versión. Sin hablar de fragmentación de las obras narrativas, podemos al menos arriesgarnos a hablar de quiebra, de suspensión, de interrupción; como si, prácticamente después del nacimiento de la obra, el borrado, la desaparición trabajaran sobre ella no sólo en su temática sino en su misma textura. El fuego está a la obra.

La preocupación –llamémosla “teórica” para simplificar– de la escritura fragmentaria no empieza con *L'entretien infini*; ya antes Blanchot se ha interrogado en varias ocasiones sobre ella. Citemos, sin que esta lista sea exhaustiva, los nombres de Pascal, de Joubert, de los Románticos alemanes, de Valery, de Kafka, de Char, de Jabès, de Nietzsche. Pero, como quiera que sea, si bien la palabra fragmento es utilizada aquí o allá –aunque en realidad muy raramente– en algunos de los artículos que conciernen a las obras que acabamos de evocar, ninguno de estos estudios constituye en sí mismo un análisis de la escritura fragmentaria. Para ello habrá que esperar *L'entretien infini*. Releyéndolo para esta ocasión, me percaté con cierto asombro de que en realidad no se trata tanto de la escritura fragmentaria como tal, aun cuando términos como “diálogo”, “palabra plural” no son extraños a la problemática de lo fragmentario. Con todo, las palabras “fragmento”, “fragmentario” son escasas, tanto más si se tiene en cuenta que la tercera y última parte de la obra se titula “L'Absence de Livre”¹⁵ y sobre todo que se subtitula “(le neutre le fragmentaire)”.

Al inicio del libro, la escritura fragmentaria aparece bajo el signo de la fatiga. Es el tema del largo diálogo, escrito fragmentariamente y en itálica, al que se invita al lector. No podemos detenernos en este texto preliminar: retengamos tan sólo que el tiempo de la escritura fragmentaria es el de la fatiga, de la extenuación, del agotamiento del cuerpo y de la rarefacción de la palabra. En el marco de este diálogo entre dos voces imaginarias, sucede un poco como si los diálogos de *Le Dernier homme* se prolongaran. En la fatiga de *Le Dernier homme* como en la de estas dos voces de *L'entretien infini*, el tiempo de “la ausencia de tiempo” se experimenta como un exceso de fatiga, una fatiga que no puede conducir a reposo alguno, una fatiga tan poderosa que es vigilia, vigilancia, insomnio. El blanco del fragmento parece dar cuenta de este agotamiento, como una respiración dolorosa, como la necesidad de retomar el aliento:

“Tal es la situación: ha perdido el poder de expresarse de manera continua, como debe ser, ya sea que quiera satisfacer la coherencia de un discurso lógico mediante la concatenación de ese tiempo intemporal que es el de una razón que trabaja, buscando la identidad y la unidad, o que se obedezca al movimiento ininterrumpido de la escritura.” (EI, XXII).

Si la fatiga es una pérdida de poder sobre sí mismo, sobre el mundo, una modalidad –por retomar la fórmula de Lévinas– de la “pasividad más pasiva que cualquiera pasividad”, la fatiga es también el tiempo de la escritura, el tiempo circular del ensimismamiento. En la escritura de la fatiga, yo no aprehendo el mundo: el mundo

¹³ Jacques Derrida, *Parages*, Galilée 1986.

¹⁴ Pierre Madaule, *Une tâche sérieuse?*, Gallimard 1973.

¹⁵ Se trata sobre el fragmento y la escritura fragmentaria en los capítulos: “Parole de fragment” (pp. 450-455) sobre René Char in *L'Endurance de la pensée, pour saluer Jean Beaufret*, Plon 1968; “Ars Nova” (pp. 506-515) sobre Thomas Mann, *NRF*, n. 125, mayo 1963; por último, “L'Athenaeum” (pp. 515-527) sobre el romanticismo alemán, originalmente en *NRF*, n. 140, agosto 1964.

viene a mí, yo acojo su susurro; lejos del tiempo mundano, del tiempo político de la agitación, escribo el murmullo del Afuera. Ya no tengo tiempo, —sólo tengo tiempo.

Pero sigamos con nuestro veloz recorrido por *L'entretien infini* para detenernos en el artículo más extenso de todo el compendio (57 páginas), que propone una larga reflexión sobre la escritura fragmentaria de Nietzsche¹⁶ que será retomada en *Le Pas au-delà*. Se trata del artículo titulado “Nietzsche et l'écriture fragmentaire”. De este texto sólo retendré tres puntos que me parecen esenciales para definir la escritura fragmentaria según Blanchot. Primer punto: la escritura fragmentaria no se opone a la continuidad, el fragmento no es la interrupción del todo, no es la parcelación de un conjunto real o imaginario. Para Blanchot el fragmento no es el resto o la huella última de un todo roto, lo fragmentario es “un lenguaje otro”¹⁷ que no se define por relación a la totalidad; en esto es una forma (incluso una fuerza) subversiva. Calificar lo fragmentario es hacer el esfuerzo de pensar esta escritura sin referirse a lo Uno. Segundo punto importante: la exigencia fragmentaria está ligada a una cierta representación del tiempo, la del eterno retorno: “El eterno retorno enuncia el tiempo como eterna repetición y la palabra de fragmento repite esa repetición destituyéndola de toda eternidad.”¹⁸ Es quizás ligando lo fragmentario con la cuestión del tiempo como se puede definir justamente el fragmento fuera de toda continuidad. El fragmento abre la palabra a otra temporalidad que deroga la ley de la continuidad, sea ésta discursiva o narrativa; en la exigencia fragmentaria el tiempo se recoge sobre sí mismo. El tercer punto esencial que Blanchot expone es la presencia de lo N(n)eutro¹⁹ en la escritura fragmentaria²⁰.

Apenas evocado en el texto sobre Nietzsche, Blanchot vuelve sobre ello en dos textos sobre René Char: “René Char et la pensée du neutre” (EI, pp. 439-450) y “Parole de fragment” (EI, pp. 451-458). La escritura fragmentaria es lo que nos hace entender lo neutro. ¿Qué más se puede decir? Una vez más, la definición de lo neutro no puede ser todavía más que negativa, como en vaciado: lo neutro no es..., no es ni... ni... No es ni una afirmación ni una negación, no es ni una palabra subjetiva ni una palabra objetiva, ni una presencia ni una ausencia. La palabra neutra es quizás el largo y lento trabajo del negativo en todas las cosas, a condición de que ese negativo por sí mismo no decida nada, no afirme nada. ¿Tendría lo neutro alguna simpatía con el Dios de Isaac Luria que no da sino retirándose? La aproximación a lo neutro no es conceptualizable. Es, más bien, una experiencia a la vez escrituraria y fenomenológica. Lo neutro pertenece al lenguaje pero no es una categoría gramatical, pertenece al acto enunciativo pero no es ni un decir ni un hacer, lo neutro no es performativo, carece de poder, no cumple lo que promete, y así desorienta, desestabiliza la palabra y el pensamiento.

“Neutro sería el acto literario que no es ni de afirmación ni de negación y (en un primer tiempo) libera el sentido como fantasma, obsesión, simulacro de sentido, como si lo propio de la literatura fuera ser espectral, no obsesionada por sí misma, sino porque sería portadora de lo que es previo a todo sentido y que sería su obsesión; o más fácilmente porque se reduciría a no ocuparse de ninguna otra cosa que de simular la

¹⁶ “Nietzsche et le nihilisme”, in *L'entretien infini*, pp. 250-254, sobre todo la tercera y última parte: “Nietzsche et l'écriture fragmentaire” que suma casi treinta páginas. Este último texto fue publicado en primer lugar en *NRF*, nn. 166 (diciembre 1966) y 169 (enero 1967).

¹⁷ *L'entretien infini*, p. 235.

¹⁸ *Ibidem*, p. 238.

¹⁹ No carece de interés observar los momentos en los que Blanchot usa la mayúscula o la minúscula.

²⁰ Este concepto ha sido comentado extensamente en numerosos análisis sobre la obra de Blanchot, eclipsando a mi parecer —pero este sería otro debate— lo que de religioso hay en Blanchot, sumariamente, desde la escena idolátrica del final de *Thomas l'Obscur* a los textos sobre la Biblia en la estela de la filosofía de Lévinas.

reducción de la reducción, sea ésta o no fenomenológica, y así lejos de anularla (incluso si le sucede que lo aparenta) incrementándola, según lo interminable, con todo lo que la socava y la rompe.” (EI, pp. 448-449).

L’entretien infini, esta “Suma”, constituye el momento en el que la escritura de Blanchot cambia de tiempo, de tono, de rumbo, parece incluso alejarse cada vez más de la crítica literaria en beneficio del Logos filosófico.

L’entretien infini marca doblemente el tiempo blanchotiano: es, a la vez, el adiós a una cierta escritura (la de la crítica, la escritura del dominio) y, también, la aurora de una nueva escritura, plural, polifónica, fragmentaria. Después de *L’entretien infini*, la escritura crítica de Blanchot se rarifica. Ya sólo comentará, con la excepción de algunos textos, las obras de sus amigos (Des Forêts, Derrida, Lévinas, Celan...). Falta tiempo, falta el aliento y, sin entrar en detalles que serían demasiado biográficos, la escritura fragmentaria es también, sin duda, una escritura enferma.

Le Pas au-delà aparece en 1973 y *L’écriture du désastre* en 1980. Son los dos últimos grandes libros de Blanchot, al menos por su volumen.

Antes de acudir a estas dos obras, me gustaría citar un pasaje de *L’Attente l’oubli*, el único en el que se encuentra la expresión “la ausencia de tiempo”.

“La espera es cuando siempre hay tiempo de más y, sin embargo, falta tiempo al tiempo. Esta falta sobreabundante de tiempo es la duración de la espera.

En la espera, el tiempo que le permite esperar se pierde para responder mejor a la espera.

La espera que tiene lugar en el tiempo abre el tiempo a la ausencia de tiempo donde no hay lugar para esperar.

Es la ausencia de tiempo quien lo deja esperar.

Es el tiempo quien le da algo que esperar.

En la espera reina la ausencia de tiempo, donde esperar es la imposibilidad de esperar.

El tiempo hace posible la espera imposible, donde se afirma la presión de la ausencia de tiempo.

En el tiempo, la espera alcanza su fin, sin que se ponga fin a la espera.

Él sabe que, cuando el tiempo alcanza su fin, se disipa también o se sustrae la ausencia de tiempo. Pero, en la espera, si el tiempo le sigue dando algo que esperar, aunque fuera su propio fin o el fin de las cosas, él ya está destinado a la ausencia de tiempo que desde siempre ha liberado la espera de ese fin y de todo fin.” (AO, pp. 98-101).

La escritura fragmentaria es efectivamente la escritura de la repetición, de la variación, quizás un arte de la fuga. El narrador juega tanto con la epanortosis como con la paradoja, y volvemos a hallar aquí los atributos de lo neutro. Recordemos, pues, que Blanchot define, o más bien se aproxima en círculos concéntricos a la idea de la ausencia de tiempo asociándola a la espera. Es gracias a la espera como el sujeto puede hacer la experiencia de un tiempo donde nada sucede. Se podría pensar, por tanto, que la espera no es el tiempo de la ausencia de tiempo, sino el tiempo de la sobreabundancia de tiempo; en el momento en que yo espero, el tiempo se inmoviliza. En la espera no hay horizonte para el sujeto, es el tiempo del insomnio, también del sufrimiento. En el dolor el tiempo no pasa, no abre a un futuro que sería promesa de consolación. La espera es la experiencia del tiempo.

Si la escritura fragmentaria es el lugar privilegiado para hacer entender la naturaleza de la espera, es porque puede interrumpir la duración por la repetición. En la continua repetición de las voces de *L’Attente l’oubli*, en esas preguntas que no hallan respuesta porque son siempre diferidas, siempre desviadas hacia otro lugar, esas voces

¿podrían compartir otra cosa que el silencio encarnado por los blancos del espacio fragmentario? Son muy ilustrativas (en cuanto a la necesidad que tiene Blanchot de recurrir a la escritura fragmentaria) algunas líneas dirigidas a su traductor japonés, a propósito de *L'Attente l'oubli*:

“Supongamos que a un autor habituado a la continuidad feliz (o desdichada) de la narración le fuera impuesta la necesidad de escribir, a veces casi simultáneamente, frases separadas, breves, cerradas, que rehusaran la prosecución y quedaran como erguidas en el vacío, rígidas, apuntaladas e inmóviles. Esa simultaneidad de frases a distancia las unas respecto a las otras no puede ser acogida, primero, sino como un rasgo inquietante, toda vez que significa una cierta ruptura de las relaciones interiores. Sin embargo, a la larga y tras algunas tentativas de unificar brutalmente, por una presión exterior, lo que está disperso, nos aparece que esa dispersión tiene también su coherencia e incluso que responde a una exigencia obstinada, y hasta única, tendente a la afirmación de una relación nueva, la que puede estar en juego en las palabras yuxtapuestas que dan título al relato.”²¹

Vemos que, paradójicamente, la escritura fragmentaria fracasa allí donde querría ser la más reivindicativa, es decir, en su cuidado por alejar toda tentativa de unidad. Habrá que esperar a las dos obras siguientes para que Blanchot haga a un lado ese afán por la unidad de los fragmentos, pero en *L'Attente l'oubli* aún domina la ley del relato que determina el encadenamiento de los fragmentos: en cierto modo esta obra no obedece, por tanto, a la exigencia fragmentaria. *L'Attente l'oubli* aún vacila entre relato, intercambios de palabras y comentarios; esta obra señala el abandono definitivo de toda ficción, excepción hecha de *L'instant de ma mort*²². La escritura fragmentaria, voz entregada al desastre, reitera la última palabra de *Le Très-Haut*, cuando el narrador pronuncia sus últimas palabras: “Ahora, el fin”, escritura escatológica pero que no profetiza, escritura del final, pero que no se interrumpe.

Prosigamos nuestra travesía del tiempo con *Le Pas au-delà* y *L'écriture du désastre*. Si se procede a una indexación lexicológica de estas dos obras, se observará que entre los sustantivos el más frecuente es la palabra “tiempo”, seguido por la palabra “muerte”. Es decir, que la cuestión del tiempo, que trabajaba sobre la escritura de Blanchot –particularmente desde *Au moment voulu*– se convierte en estos dos textos en una verdadera obsesión. Y sin embargo ni el primer libro ni el segundo constituyen un tratado filosófico sobre el tiempo (pese a la abundancia de nuevas referencias a Nietzsche, y también a Heidegger). Incluso se puede avanzar que no desarrollan una teoría sobre el tiempo: la escritura de Blanchot no es dogmática, siempre cuestiona, se cuestiona. El fragmento expresa, atrae lo desconocido dejándolo desconocido, no afirma más que su presencia y renuncia a toda forma de poder.

Pero, si bien es posible aislar grupos de fragmentos que pertenecen a cierta temática (el anonimato, Lévinas, el desastre, los campos de concentración, etc.), los fragmentos no se oponen sino que se yuxtaponen, se sustraen tanto a la simultaneidad como a la sucesión, en una experiencia no dialéctica de la palabra pero que tampoco excluye la dialéctica. El fragmento habla como fuera del tiempo, de la linealidad, rompe en silencio la unidad y la continuidad del logos. La ruptura que caracteriza a las obras fragmentarias no es en absoluto un fenómeno simple: las primeras y las últimas palabras de los fragmentos no señalan nunca una apertura y un cierre dados de una vez por todas; al contrario, señalan la imposibilidad de establecer un verdadero comienzo de la escritura. Entre el espacio en blanco de los vacíos y el espacio negro de la escritura, ésta

²¹ *Exercices de la patience*, Blanchot, n. 2, invierno 1981, p. 106.

²² M. Blanchot, *L'instant de ma mort*, Fata Morgana 1994.

ya ha comenzado: el primer fragmento no es nunca el primero, como si hiciera eco, huella, a lo que Blanchot llama “lo espantosamente antiguo”.

Cada fragmento configura una totalidad, pero esta totalidad lleva en sí misma la ausencia del todo, del cual ella forma no obstante una entidad acabada. Ningún fragmento se basta a sí mismo, y cada uno lleva en sí, por el contrario, lo que lo atrae hacia su recomienzo, su infinita reiteración. Cada fragmento expresa y constituye, a la vez, un todo limitado y la ausencia de totalidad.

El título de *Le Pas au-delà* manifiesta la transgresión operada por Blanchot. La travesía del vacío que separa el pasado del porvenir, el paso a través del presente que se enuncia bajo la forma de “yo muero”. El paso (no) más allá* es el paso hacia la muerte, paso transgresivo, porque está “vedado morir en el presente” (PAD, p. 147). El paso (no) más allá, que debía llevar a la coincidencia del escritor con el presente, por el contrario lo aleja de él. “Tiempo, tiempo: el paso (no) más allá, que no se realiza en el tiempo, conduciría afuera del tiempo, sin que ese afuera fuese intemporal, sino allá donde el tiempo caería, frágil caída, según ese ‘fuera de tiempo en el tiempo’ hacia el que nos atraería el escribir, si nos estuviera permitido –una vez desaparecidos de nosotros mismos- escribir bajo el secreto del antiguo miedo.” (PAD, p. 8). Esta “caída” en el tiempo hace un lugar para lo neutro, que vendrá a estar todavía más presente bajo la forma del desastre. Por consiguiente, lo neutro vendría a ser la vacilación, el desastre silencioso, el rumor del mundo que por un lento trabajo de pasividad y de paciencia nos abriría un camino para una aproximación distinta al lenguaje, a la literatura, al tiempo y al sujeto.

La importante afirmación de *Le Pas au-delà* es la diferenciación entre el fragmento y la exigencia fragmentaria. Esta distinción es esencial para la problemática que nos ocupa: la cuestión del tiempo. Efectivamente, para Blanchot no basta con escribir fragmentos para responder a la exigencia fragmentaria. Lo fragmentario no puede ser una realidad, debe contentarse con ser una exigencia. Lo fragmentario no puede advenir sino con la única condición de que “todo haya sido dicho”; es, pues, una escritura del final, a la vez testimonial y testamentaria.

Esta exigencia como escritura del final encuentra su figura en el desastre. El extraño doble genitivo del título, *L'écriture du désastre* –alguien escribe el desastre, o bien el desastre escribe-, nos autoriza a pensar el desastre como ese otro a través del cual el desastre se escribe, el que el escritor llega a ser por la escritura. La gran dificultad a la que se nos llama cuando leemos a Blanchot es la de habérmolas con una escritura que es una larga tentativa de desconstrucción, incluso de destrucción: el tiempo de la escritura es el tiempo en el que lo real es deshecho. Pero la escritura fragmentaria es también –quizás paradójicamente- el tiempo, el lugar de la imposible conjunción entre palabra crítica, discursiva y relato. El tiempo de la ausencia descubre un lugar, un espacio en el que las dos formas de escritura de Blanchot pueden coexistir sin que la una menoscabe a la otra.

“La escritura fragmentaria sería el riesgo mismo. No remite a una teoría, no da lugar a una práctica que vendría definida por la interrupción. Interrumpida, se prosigue. Interrogándose, no se arroga la cuestión sino que la suspende (sin mantenerla) en no-respuesta. Si pretende que no halla su tiempo más que cuando el todo –al menos idealmente- se hubiera realizado, es que ese tiempo nunca es seguro, ausencia de tiempo en un sentido no privativo, anterior a todo pasado-presente, como posterior a cualquiera posibilidad de una presencia por venir.” (ED, p. 98).

* El título de la obra francesa, como bien ha visto su traductor español, juega con la polisemia de la palabra “pas”: “paso más allá”, “no más allá”. (N. del T.)

La escritura fragmentaria suspende y prolonga el sentido en el “riesgo”, no remite ni a una teoría ni a una práctica, suspende su cuestión en la espera de una respuesta que, bien considerado, nunca está por venir, imposibilidad realizada de un Decir que conserva la huella de lo ya Dicho. El tiempo de “la ausencia de tiempo”, lejos de despojarnos de toda temporalidad, parece por el contrario invitarnos a una sobreabundancia de tiempo. La escritura fragmentaria pone de manifiesto esta paradoja: que es por la reiteración como restablece la continuidad en el seno mismo de lo discontinuo. Paradójicamente, cuando se sitúa en la repetición, en el presente que no termina, es cuando el fragmento está más cerca de la exigencia fragmentaria.

El tiempo de “la ausencia de tiempo”, tiempo de la escritura, es una acronía que nos impone un cara a cara con un pensamiento inédito, inaudito, que no cesa de decir y desdecir la exigencia fragmentaria. Este tiempo del Eterno Retorno, tiempo nihilista, replegado sobre sí mismo –que es el tiempo blanchotiano-, es un tiempo inadmisibile, que no obedece más que a la sola ley de la escritura y que hace que todo sea posible: lo que no puede ser proyectado se vuelve su mundo. La ausencia de presente hace que los acontecimientos futuros no puedan llegar a la presencia, ni los acontecimientos pasados volver a la conciencia, pues sin presente toda memoria se vuelve imposible. Esta experiencia del tiempo que deja derrotado al sujeto testimonia que la escritura fragmentaria es una experiencia del cuerpo, que es el tiempo de la fatiga y de la espera, el tiempo de la pasividad extrema.

La escritura fragmentaria de Blanchot es la actualización de ese imposible encuentro con el otro (¿con él mismo?) que ya siempre ha sucedido pero que no deja de suceder, pues nunca ha podido acontecer en un tiempo o en un espacio que puedan ser rememorados. Encontrarse con el otro es encontrar “la comunidad inconfesable”, la parte inhumana que llevamos en nosotros y de la que nos apartamos, pero que reencontramos a nuestro pesar en los otros. Si lo fragmentario puede ser calificado de diálogo infinito es porque, lejos de hacer posible el compartir de las voces que coexisten, ahonda su separación. Si Blanchot se vincula con la huella dejada por Lévinas para pensar la alteridad como absolutamente otra, es sin embargo aún más radical que su amigo; el totalmente otro es el desconocido y apenas podemos compartir esa soledad.

“Desde que el silencio inminente del desastre inmemorial lo hizo perderse, anónimo y sin yo, en la otra noche donde justamente la noche oprimente, vacía, dispersada por siempre, triturada, extraña, lo separaba y lo separaba para que la relación con el otro lo asediara con su ausencia, con su lejanía infinita, era preciso que la pasión de la paciencia, la pasividad de un tiempo sin presente –ausente, la ausencia de tiempo– fuera su sola identidad, reducida a una singularidad ejemplar.” (ED, p. 29)

La obra fragmentaria no se reduce a un singular gesto de escritura. Por el contrario, crea un nuevo lector que no cesa de perderse, de buscar la pérdida, capaz de obsesionar y ser obsesionado por lo irrevocable de lo Neutro.

Para terminar, pero no abriré más que un discreto paréntesis, habría que poner en tela de juicio este nihilismo del tiempo blanchotiano. Los últimos textos de Blanchot dejan entrever, en efecto, una importante inflexión: el tiempo de “la ausencia de tiempo” ¿no es también, como lo sobreentienden discretamente pero realmente los últimos textos de Blanchot –textos que no son fragmentarios, aunque es cierto que dispersos y ralos-, no es pues ese tiempo de “la ausencia de tiempo” el tiempo mesiánico? Quizás uno de los últimos fragmentos de *L'écriture du désastre* así lo sugiere.